

A Marina.
A mi madre.



Por más que pratique, un agujero negro
nunca llegará a tocar bien la armónica.

—*Proverbio mordoniano*



PARTE 1

SAM, EL DESTRUCTOR



UN SISTEMA COMPLEJO

Aquí estoy, flotando sin rumbo en el vacío, a bordo de una nave espacial que se cae a pedazos (por no hablar de su nombre ridículo), y solo consigo llegar a una conclusión: la vida es un sistema realmente complejo.

Cualquier habitante bien informado de la galaxia sabe que, en un sistema complejo, una ínfima perturbación en cierto elemento puede producir efectos que no son de ningún modo proporcionales a tal perturbación. En la mayoría de los casos, todo eso es un incendio y da grandes disgustos, pero en otros sucede justamente lo contrario.

En el mío, sin ir más lejos.

Mi padre se llamaba Óscar García García, un nombre que no abre una perspectiva especialmente seductora. Mamá se llamaba Laura García Casacuberta. Tal vez todo parezca anodino a simple vista, pero, si profundizamos un poco, aparece una realidad extraordinaria: cumpliendo con una absurda tradición de mi familia paterna, seguida a rajatabla durante generaciones, a mí me bautizaron con el nombre de pila de mi padre.

Óscar García García.

Sé que el adjetivo «extraordinaria» puede parecer exagerado, pero puedo asegurar que no está elegido al azar.

No negaré que durante la adolescencia me dije, horrorizado, que llamarme igual que mi padre era empezar con mal pie el largo y tortuoso camino de la vida, la búsqueda de mi propia identidad, etcétera. Estaba convencido de que ese nombre redundante y de segunda mano pronosticaba una más que probable crisis existencial que podía acarrear fatales consecuencias. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo desprenderme de aquella losa? Sopesé la posibilidad de acudir a un juzgado para cambiar mis apellidos, pero la descarté a causa del talante perezoso y apático que me caracterizaba por aquella época. Al final me resigné y no hice nada.

Ese nombre insípido acabó salvándome la vida. El sistema complejo.

Tuve mucha suerte. Mucha más, desde luego, que ocho mil quinientos millones de seres humanos.

No sé si este debe ser el principio de la narración. La orden que he recibido es remontarme a los tiempos preliminares de la catástrofe, es decir, cuando ni siquiera intuíamos que iba a ocurrir una catástrofe. Es una orden que posee una lógica inapelable, pero los principios son sinuosos y escurridizos como anguilas. Tan solo diré que antiguamente los humanos vivíamos en un planeta situado en los suburbios de una galaxia espiral barrada a la que llamamos Vía Láctea y que contiene unos ciento sesenta mil millones de planetas, quinientos mil millones de estrellas y un montón de

agujeros de gusano (en uno de los cuales nos adentráramos, con consecuencias desastrosas).

Dicho de otro modo: vivíamos en un planeta insignificante situado en un sistema solar insignificante que orbitaba alrededor de un sol insignificante.

Otro principio posible sería señalar que la característica principal de los terrícolas por aquella época era que solíamos dar por sentadas muchas cosas y que eso nos daba graves quebraderos de cabeza. Por más que lo intentábamos, no lográbamos cambiar esa costumbre. Un ejemplo: dábamos por sentada la existencia de la propia Tierra. La Tierra era. O, mejor dicho, estaba. Te podía haber tocado una región bien alimentada, una región con plagas o una región remota y llena de fauna poco amigable, pero, en general, todos coincidíamos en que el nuestro era un planeta bastante acogedor (aunque, por lo que supe después, algunas especies de la galaxia lo consideraban no solo poco habitable, sino que hubieran preferido mil veces instalarse en un supercúmulo gaseoso, por poner un caso). La Tierra había asistido a un vistoso desfile de vicisitudes a lo largo de millones de años, algunas de ellas traumáticas, y aun así seguía dando vueltas alrededor del Sol, infatigable e impertérrita, porque esa era su misión como planeta y la ejecutaba con suma eficacia. Cada vez que completábamos una vuelta alrededor de nuestra estrella, los humanos nos poníamos muy contentos, como si hubiéramos tenido algo que ver en el proceso o como si, de algún modo, hubiéramos sido partícipes de él, y lo celebrábamos con entusiasmo, nos besábamos entre

nosotros y nos prometíamos que en la siguiente vuelta a la estrella nuestra vida sería muchísimo mejor.

Tras esas efusivas celebraciones, nos íbamos a la cama acechados por sentimientos contradictorios de los que no hablábamos casi nunca.

Cada una de esas vueltas alrededor del Sol recibía el nombre de «año». Pero, como los humanos somos dados a discutir (estar en desacuerdo con los demás en algún aspecto fundamental de la vida es casi una obligación social), nunca nos pusimos de acuerdo en la numeración de los años. Por ejemplo, si un grupo de humanos aseguraba que habíamos estrenado el año dos mil, otro grupo de humanos decía que en realidad se trataba del cuatro mil. Entonces, los partidarios del dos mil se daban codazos cómplices entre ellos y se burlaban con risitas mal disimuladas de los que decían que era el año cuatro mil, y los que decían que era el año cuatro mil hacían exactamente lo mismo con los otros.

La cuestión, en definitiva, es que nadie cuestionaba la existencia de la Tierra. Lo cuestionábamos todo, menos eso.

Fue un grave error.

Excepto aquellas jornadas en que he luchado por mi vida (una tarea agotadora que deja poco tiempo libre), no he dejado de regresar a la Tierra ni un solo día desde que abandonamos su superficie. Las luces de la nave siguen escrupulosamente los ritmos de nuestro sol, salvo las que se han fundido: hay pasillos enteros sumidos en una angustiosa penumbra, y las luces de emergencia, amarillentas y raquíticas, no hacen más que multiplicar las sombras y la sensación

de que una mandíbula de metal está a punto de triturarte. En cualquier caso, esta ilusión de días y noches permite una relajación en la que la memoria parece expandirse en el cerebro hasta ocupar cualquier resquicio del pensamiento.

¿Empezar por el principio? Diré entonces que todo empezó un catorce de mayo de dos mil cuarenta y cinco. Desde entonces he visto cosas extraordinarias. Alienígenas excéntricos, fantasmas, agujeros de gusano, la poderosa Agencia... He paseado sin compañía por el espacio, he masacrado a la práctica totalidad de una orquesta, he intentado hacer entrar en razón a una lavadora asesina y me he enamorado locamente. Y, aun así, mi memoria guarda a buen recaudo esa fecha. Permítame el lector que la evoque.

El catorce de mayo de dos mil cuarenta y cinco.

Ese día llegó el primer meteorito al planeta. Era inofensivo y ridículamente pequeño, como un borracho bajito enredado en sus propios traspiés. Todo lo contrario del matón que sesenta millones de años atrás había acabado de un plumazo con los dinosaurios. Aquel primer meteorito se volatilizó en la atmósfera con gran aparato de fogonazos sobre una zona tan poco dada a las exuberancias gestuales como Escandinavia. A mí me llamó la atención, porque una roca en llamas cayendo sobre la Tierra era una agradable huida de la rutina; pero los informativos y las redes, en general, recibieron la noticia con somnolencia o, a lo sumo, una sonrisa gélida de desinterés. La vida siguió su curso, inmersa en sus abstracciones habituales, hasta que tres días después, el diecisiete de mayo, cuatro nuevos

bólicos vapulearon la atmósfera en otros tantos puntos del globo. Todos corrieron idéntico destino que el primero, pero los medios de comunicación consideraron que cuatro rocas espaciales ya eran una noticia bastante sólida. Corrieron numerosas teorías sobre la procedencia de aquellos meteoritos y sobre su virtual peligrosidad. Una célebre *influencer* húngara, de personalidad tan intensa como sus opiniones, aseguró en *YouTube* que cierto champú ayurvédico de fabricación propia protegía eficazmente el cráneo de cualquier rasguño provocado por un pedrusco, aunque este pedrusco procediera del espacio. Murió sepultada por un alud cuando intentaba demostrar en directo su teoría.

Algunos científicos aseguraron que cuatro pequeños meteoritos simultáneos no eran un suceso frecuente y avisaron de que cualquier día podía aparecer por algún lado su hermano mayor. «Y este podría darnos una buena paliza», dijo, en tono festivo (quizá demasiado festivo), un sonriente y barbudo astrónomo indio en un programa de entrevistas. Pocos hicieron caso a esas advertencias, a excepción de las corporaciones de seguros, que se apresuraron a retirar de sus pólizas las coberturas frente a la caída de meteoritos, asteroides y todo tipo de bólidos espaciales. En general, pues, la advertencia pasó desapercibida. A la gente no le gusta que le pronostiquen catástrofes que escapan a su control y contra las cuales no existen soluciones simples ni fáciles. Prefiere agitar banderitas o comprarse un lavaplatos nuevo y dar así a su existencia por bien empleada. Cuando una mañana ves una cucaracha paseándose por la cocina, el instinto te asegura que

la casa está infestada, pero prefieres hacer oídos sordos a tu propio pronóstico. Días después, una enorme cucaracha te mira de reojo mientras bracea satisfecha en tu sopa de fideos. Entonces admites que estabas equivocado, pero lo haces a regañadientes, porque eres humano y no suele gustarte que nadie, ni siquiera tú mismo, te lleve la contraria.

Se me ocurre ahora que tal vez sea preciso enmarcar los hechos que debo narrar. Soy un cronista novato y, por tanto, ruego indulgencia al lector si no me ciño a los acontecimientos históricos, si lanzo algún juicio de valor (innecesario, pero humanamente comprensible) o si esbozo un apunte de mi vida doméstica. ¿Hasta qué punto la percepción subjetiva de un cronista debe figurar en su crónica? Lo ignoro. Mi admirada Danielle Steel no dice nada sobre este particular. Así pues, permítaseme afirmar, con total convencimiento, que por aquellos años la Tierra no atravesaba uno de sus mejores momentos. Seguro que desde lejos seguía siendo hermosa, pero perdía bastante a medida que te ibas acercando a ella. Como esa manzana tan apetecible que, tras el primer mordisco, descubre un nido de gusanos que se agitan nerviosamente, molestos por la brusca irrupción.